

No se veía por donde quiera que se transitaba, más que fuerzas de uno ó de otro partido marchando en busca de sus contrarios ó disponiéndose para esperarles.

Numerosas guerrillas, montadas en ligeros caballos, aparecían de repente atacando los pueblos donde había cortas guarniciones, y no se escuchaba en la vasta extensión de la república más que el ruido de las armas y el grito de guerra de los partidos contendientes.

CAPÍTULO XII

Se pronuncia en Guanajuato el capitán D. Manuel María Yañez.—Es hecho prisionero y fusilado.—Acción en Jalatlaco ganada por las tropas del gobierno sobre las de Márquez y Zuloaga.—Ovaciones hechas al general progresista Ortega, que fué el que les derrotó.—Algunos grupos de los que victoreaban á Ortega, arrojaron piedras á los balcones de la casa en que habitaba el ministro de Francia, dando mueras á éste y á los franceses.—Protestan contra ese acto el ministro de los Estados-Unidos, el de Bélgica y el del Ecuador.—Sale absuelto el ex-ministro de Miramon Don Isidro Díaz.—Elevan cincuenta y un diputados una representación á Don Benito Juárez pidiéndole que renuncie la presidencia.—Otros cincuenta y cuatro diputados piden que continúe en ella.—Se presenta al congreso la cabeza del jefe conservador D. Marcelino Cobos.—Varios fusilamientos ejecutados en jefes conservadores.—El gobierno de los Estados-Unidos propone al de Méjico pagar los intereses de la deuda extranjera con una condición.—Carta del príncipe Don Juan de Borbon.—Se apodera Márquez de Pachuca.—Es atacado Márquez en Pachuca y derrotado por el general progresista Tapia.—Alcanzán varios triunfos las fuerzas del gobierno, y son fusilados los jefes conservadores Don Antonio Velati, D. José María Acosta, D. Luis Ibarri, D. Luciano Enriquez y otros varios.—Ultimatum que con respecto á los intereses de España dirigió Saligny al gobierno de Juárez.—Convención firmada por el ministro mejicano Zamacona y el enviado inglés Wike.—Reprueba el con-

greso la convención celebrada entre Zamacona y el ministro inglés.—Injustas acusaciones de la prensa liberal, atribuyendo á España miras de conquista.—Carta del padre Miranda á Márquez.—Contestación de éste.—Convenio de intervención entre Inglaterra, Francia y España.—Es derrotado, hecho prisionero y fusilado el guerrillero conservador Don Guadalupe Canseco.—Ley de amnistía, exceptuando á Zuloaga, Márquez y otros jefes principales.—Sale de Méjico el ministro francés.—Llega la escuadra española á Veracruz.—El almirante Rubalcaba intima la desocupación de la plaza de Veracruz.—Contesta el gobernador La Llave que evacuará la plaza.—Ocupan los españoles la ciudad de Veracruz y el castillo de Ulua.—Da una proclama el jefe de la expedición manifestando que no llevaba miras de conquistas.—El congreso concede al gobierno facultades omnímodas.—Es hecho prisionero y fusilado el guerrillero conservador Cajigas.

1861

De Agosto á Diciembre inclusive

1861. La paz que anhelaban los pueblos, la
Agosto. hacían cada vez más difícil de alcanzarse, los hombres políticos.

La sociedad quería ver los campos cubiertos de laboriosos agricultores ocupados en hacerlos producir ricos y sazonados frutos, y en vez de modestos labradores, solo acertaba á contemplar ejércitos empeñados en destructoras batallas que ensangrentaban la tierra.

El exuberante y rico territorio de la república mejicana era un vasto escenario, en que se agitaban en todas direcciones guerreros provistos de todas armas, preparándose unos para entrar en la lucha, mientras otros combatían en diversos puntos.

En Guanajuato, el capitán D. Manuel María Yañez

se pronunció en Agosto, con las fuerzas que tenía, en el fuerte de Granaditas, se hizo dueño á poco de la guardia del principal, y en seguida se dirigió hacia el cuartel del 4.º, cuya tropa se adhirió al movimiento. Puesto al frente de aquellas fuerzas, hostilizó al 3.º ligero; pero viendo que resistía, y temiendo que envasen contra él algunas tropas, abandonó la ciudad, tomando el rumbo de la Sierra. El general D. Manuel Doblado, al tener noticia de lo que pasaba, se puso á la cabeza de doscientos hombres de caballería y salió en persecución de los pronunciados, logrando darles alcance á dos leguas de Guanajuato. Doblado les atacó inmediatamente, y logró hacer prisioneros á Yañez y otros dos oficiales, que fueron pasados en el acto por las armas.

Otras muchas acciones de guerra hubo en esos días ya ventajosas para los conservadores, ya para las tropas del gobierno, siendo la principal la verificada en el pueblo de Jalatlaco, entre las fuerzas de Márquez y Zuloaga y las mandadas por D. Jesús González Ortega. Las primeras, que se hallaban en la población, fueron atacadas á las once de la noche del 13 de Agosto, por las segundas. La acción duró hasta las tres de la mañana del 14, en que emprendieron su retirada los conservadores, quedando dueño de la población D. Jesús González Ortega.

Márquez y Zuloaga perdieron gran parte de su artillería y doscientos soldados que fueron hechos prisioneros, además de varios jefes y oficiales.

El gobierno felicitó, por medio del ministro de la guerra D. Ignacio Zaragoza, al general Ortega por su triunfo, y al mismo tiempo le decía que «esperaba que

tanto Galvez (á quien por equivocación se juzgó prisionero) como todos los otros prisioneros que fungían de oficiales en las filas del enemigo, habrían sido ya pasados por las armas, y en caso contrario lo fuesen inmediatamente, cumpliendo así con las disposiciones que tenía dictadas, y para que este ejemplo sirviese de escarmiento á los perturbadores de la tranquilidad pública. Con efecto, todos los oficiales conservadores que cayeron prisioneros, fueron fusilados.

El general Ortega, después de haber alcanzado algunas otras ventajas sobre los conservadores, volvió á la capital, donde fué recibido el 17 de Agosto con grandes manifestaciones de regocijo por sus partidarios políticos.

Estos, que trataban de darle un prestigio que echase por tierra el de D. Benito Juárez, salieron á recibirle con músicas, y le saludaron como al vencedor de la

1861. idea conservadora. La entrada la hizo á las
Agosto. diez de la mañana, á la cabeza de sus tro-

pas, llevando entre filas ochenta prisioneros, y ostentando cinco piezas de artillería cogidas á Márquez, que eran las mismas que éste había quitado el mes anterior al general D. Leandro Valle. El repique á vuelo de las campanas, el estallido de los cohetes voladores, los vivas y las músicas atronaban los aires.

Los partidarios de Ortega anhelaban por medio de aquellas demostraciones y de la oposición que algunos periódicos hacían á Juárez, que éste renunciase voluntariamente el poder, entrando á ocupar la silla presidencial, como presidente de la suprema corte, don Jesús Gonzalez Ortega. No merecía la campaña hecha

por éste, las extraordinarias demostraciones de admiración que se le hicieron, pues los hechos de armas últimos, no pasaban de la esfera de ligeras escaramuzas. Sin embargo, aquello convenía á la política y á los fines de los orteguistas, y las muestras de regocijo y entusiasmo duraron hasta muy entrada la noche.

No satisfechos algunos grupos con las ovaciones consagradas á su caudillo, se dirigieron, á las diez de la noche, hacia la casa del ministro de Francia Dubois de Saligny, que, como el lector ha visto, había cortado sus relaciones con el gobierno por motivo de la suspensión de pagos. Los grupos, que se componían del populacho y de algunos soldados, se colocaron en la puerta de la legación francesa, prorrumpiendo en gritos de, *¡muera los franceses, muera el ministro de Francia!* Por desgracia la policía no se acercó por allí para nada, y los insultos continuaron hasta que, cansados de permanecer en un punto, se retiraron, no sin dirigir algunas pedradas á los balcones.

Los ministros extranjeros, con motivo de la anterior demostración hostil, se reunieron, y firmaron una protesta que dirigieron el día 18 al ministro de relaciones exteriores D. Manuel de Zamacona, dándole cuenta de lo acaecido. La protesta iba firmada por el encargado de negocios de Bélgica, por el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, y los residentes de Prusia y del Ecuador.

El ministro de Juárez D. Manuel de Zamacona contestó el día 19, manifestando un profundo sentimiento porque el ministro de Francia no hubiese dado inmediatamente aviso al gobierno de lo que pasaba, agre-

gando que, para reparar la tardanza, había transmitido, sin pérdida de instante, la protesta del cuerpo diplomático al ministerio de justicia, para que se procediese como era debido.

Este incidente, aunque no tenía culpa de él ningún miembro del gabinete, no por esto dejaba de perjudicarlo al gobierno, dejándole aparecer como impotente ó descuidado para conservar el orden público.

La vuelta de Ortega á la capital de Méjico con las tropas de su mando, dejó á las fuerzas conservadoras más ancho terreno donde operar, y menos enemigos de que cuidarse. A engrosar sus filas pasó D. Paulino Gómez Lamadrid, hombre de arrogante presencia, de buena posición social, valiente, á quien el gobierno había puesto preso, sospechando que trabajaba en secreto por la causa conservadora. Puesto en la prisión de la ex-Acordada, edificio próximo al campo, don Paulino Gómez Lamadrid logró en la noche del 7 de Agosto, por medio de sábanas atadas unas á otras, descender del balcón de la pieza en que estaba preso, á la calle. Una vez en ésta, tomó por sendas extraviadas, y al siguiente día se unió á sus correligionarios que le recibieron con gran júbilo.

1861. Mucho disgustó á la prensa liberal la poca Agosto. vigilancia desplegada con los presos políticos; pero más disgustada se mostró con la noticia de que Comonfort había vuelto realmente á la república, con el permiso de D. Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo-León, en cuyo Estado se hallaba. El gobierno que, como hemos dicho, había dado orden á Vidaurri para que le redujese á prisión y le enviase á

Méjico, no se vió obedecido por el gobernador del Estado, y esto aumentó la indignación de la prensa. Vidaurri, sin embargo, creyó que no debía poner preso á Comonfort, cuando, antes de recibir la orden del gobierno, el segundo le había pedido licencia para vivir tranquilamente en el Estado, y Vidaurri se la había concedido. Comonfort, en consecuencia de aquel permiso y del aprecio que le dispensaban todos los habitantes de aquel Estado, se dirigió á Monterey, á cuya ciudad llegó el 8 de Agosto, recibiendo manifestaciones de la más alta deferencia.

No dejaron los diputados de la oposición de valerse de aquel motivo para atacar al gobierno, acusándole de débil y de poco á propósito para dirigir la cosa pública. «Veamos qué ha hecho el gobierno en cada uno de sus ministerios.» Decía el diputado D. Ignacio Altamirano en una de las sesiones del congreso: «En el »de relaciones exteriores: verdad es que la reacción ha »metido mucho la mano para promovernos dificultades »en el extranjero; verdad es que había intereses creados en tiempo de Miramon, merced á la mala fe diplomática de Mr. Gabriac; pero también lo es que el »gobierno pudo con habilidad dar solución á estas dificultades, manteniendo intacta la dignidad nacional; »pero no: el gobierno dió armas á los ministros extranjeros y he ahí á lo que nos han orillado los desastres del Sr. Zarco, á los que sucedieron los del señor »Zamacona. Yo no puedo violar el secreto de nuestras »sesiones privadas; pero el soberano congreso sabe ya »lo que pasó, y recordará lo que dijo el Sr. Suárez »Navarro.

»En el ministerio de gobernación: ¿Qué es lo que se ha logrado? ¿Se hace respetar el gobierno en el interior de la república? ¿Vidaurre ha obedecido la orden que se le envió? No. Pues entonces, ¿por qué el gobierno calla y recibe esta afrenta inclinando la cabeza? ¿Quién es el que trae á Comonfort á la república? ¿La facción opositora de la asamblea, ó el gobierno con su inexcusable debilidad?»

Después de ocuparse de lo practicado en los demás ministerios, y de afirmar que todos en sus respectivos ramos habían obrado de una manera desfavorable á los intereses del país, añadía: «No habiendo, pues, salvado la situación, el gobierno desmerece nuestra confianza, y le desarmamos. Este es un voto de censura, y no sólo al gabinete, sino también al presidente de la república, porque en medio de tanto desconcierto, ha permanecido firme, pero con esa firmeza sorda, muda, inmóvil que tenía el dios Término de los antiguos.

»La nación no quiere esto, no quiere un guardacantón, sino una locomotiva. El Sr. Juárez, cuyas virtudes privadas soy el primero en acatar, siente y ama las ideas democráticas; pero creo que no las comprende, y lo creo porque no manifiesta esa acción vigorosa, continua, enérgica, que demandan unas circunstancias tales como las que atravesamos.

»Y estamos convencidos de que ni con su nuevo gabinete reanimará su administración, porque el estado á que ha llegado el desprestigio del personal de la administración, toda trasfusión política es peligrosa.

»Se necesita otro hombre en el poder. El presidente haría el más grande de los servicios á su patria, retirándose; puesto que es un obstáculo para la marcha de la democracia.»

El haber salido absuelto en aquellos días el ex-ministro de Miramon D. Isidro Diaz de la culpabilidad que se le atribuía en la extracción de los caudales de la legación inglesa, aumentó el clamor de la oposición contra el gobierno, acusándole de débil y de injusto. La prensa progresista no se conformó con la decisión del tribunal, y censuró también la sentencia. Se quería rigor, severidad.

Casi en los momentos en que se absolvió á D. Isidro Diaz, se pasaba por las armas, en la ciudadela, al teniente coronel del 5.º de caballería D. José María Micheltorena, por haberse unido á los conservadores; y este fusilamiento, aunque aplaudido por la prensa, dió motivo á que se echase en cara al gobierno, que sólo sabía castigar con la muerte á los que no eran de prestigio en la sociedad.

El 21 de Agosto se presentó el general D. Jesús Gonzalez Ortega ante la diputación permanente, á hacer la protesta de ley para desempeñar el elevado puesto de presidente de la suprema corte de justicia, y las palabras que dijo en su discurso, fueron recogidas y ensalzadas como expresión del más puro y acendrado patriotismo. Pero al servir en la suprema corte, se privaba al ejército liberal de un jefe de influencia; y el gobierno, viendo que las circunstancias en que se hallaban los asuntos de la guerra, empeoraban, pensó en volverle á nombrar general en jefe del ejército que